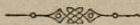


te á la abeja que nada omite para que su célula sea la mejor trabajada y la más llena del panal, esta futura madre no se da momento de reposo, no se perdona la más dura fatiga si le ha de dar por resultado el buen orden, la armonía y la moralidad de su hogar. Se adelanta á su edad, ayunta el sueño de sus párpados para velar el de sus niños, y con tal abnegacion obra, que es para ella recompensa completísima la menor sonrisa de sus hermanos ó el cariñoso beso que estampan en su mejilla.

Veamos á la hija bajo otro aspecto: considerémosla, no ya huérfana y sola en el mundo, no sumida en la miseria y el dolor, sino al lado de unos padres cariñosos, provista en todas sus necesidades, y en esa edad en que empieza el corazón á sacudir el letargo de la infancia.



CAPÍTULO XV.

La niña y la flor.—Sus afinidades.—El amor en la mujer.—Su influencia sobre el hombre.

Hubo un momento en que la niña se detuvo ante una flor; su tranquilo rostro cambió súbitamente del carmin al mármol, y de sus rojos lábios brotó un suspiro que fué á esconderse entre los pétalos de su fresca confidente. La niña había pensado: era mujer. ¿Por qué este cambio? ¿Por qué esta mutación que tan íntimamente afecta su modo de ser?

Es un secreto de la naturaleza, es uno de tantos misterios del alma, es uno de tan variados fenómenos psicológicos, que no por ser más ó menos comprensibles, dejan de suceder. La mujer y la flor tienen una existencia comun, se aman desde el principio al ocaso de la vida, y esta les es de tal modo comun, que hace dudar si la flor es la figura emblemática de la mujer ó esta de aquella: solo sabemos que las flores son sus confidentes en el primer período de su desarrollo, y como dice con mucha oportunidad un inspirado poeta:

«Son las primeras sibilas
que consulta la mujer:
quizás su aroma es su vida,
quizá sienten, quizá ven...»

Inseparables compañeras, tienen infinitos puntos de contacto: la flor brota en capullo de la planta contorneando en sus delicadas hojas toda una vida de misterios: la hija embellece el hogar con su infantil alegría, y entre las frescas hojas de sus caricias, deja asomar por un momento el rosado matiz de su alma. La flor abre su cáliz al rocío y esparce fragantísimos aromas de un seno de nácar y púrpura: la mujer abre su corazón al sentimiento, y exhala el perfume de su amor entre dulcísimas lágrimas é intraducibles suspiros: el soplo helado del Norte marchita el cáliz de la flor; el frío del desengaño hiere de muerte el corazón de la mujer. Una embellece las florestas y perfuma las praderas; otra engalana el camino de la vida y armoniza la relación social. Son dos entidades con diferente forma. Por eso el primer pensamiento de amor en la mujer, nace de la contemplación de una flor.

La mujer en esta primera manifestación del sentimiento, se pregunta: «¿Qué pasa por mí? ¿Qué es lo que siento?» Y no hallando quien resuelva su duda, consulta á su encantadora confidente, como si su cáliz hubiera de descubrirla el misterio de la vida. Una noche la joven, espléndidamente engalanada, entra en su nivea alcoba; acaba de traspasar los umbrales del mundo, y el ruido, la embriaguez de la pasada fiesta, giran en torno de su imaginación con todos los encantos de la más risueña pesadilla. Recogida en su lecho purísimo de virgen, acaricia en su mente este recuerdo, y arrullada por él, se duerme en brazos de la inocencia: su blanca mano posada bajo la ardiente mejilla, sus desnudos hom-

bros compitiendo en blancura con los lienzos que la cubren, su torneado brazo descansando indolente sobre una ola de encages, todo respira candor, idealismo, pureza. En su tersa frente, orlada por negros cabellos, brilla por un momento pasajero fulgor: sus entreabiertos labios dibujan una dulce sonrisa, y un estremecimiento nervioso recorre los delicados contornos de su cuerpo: la virgen sueña. ¿Quién sabe lo qué? Blanco fantasma se eleva como la niebla y se extiende hasta tocar el sonriente cielo: sus formas vagas se condensan, y de este fugaz fenómeno se forma la imagen de un hombre: poco importa su figura, que puede ser variable al infinito; lo que interesa es su alma. Esta ilusión se desvanece, y la joven al despertar se siente mujer; esto es, comprende, adivina, y se persuade de que ha nacido para algo más que para sonreír á sus padres; que está formada para la familia y para la sociedad; en una palabra: *ama*.

Tenemos la convicción de que este es el verdadero estado de la mujer; ha nacido para amar y amando muere; se formó para el hombre, y tiende á su fin, completándose los dos seres entre sí y viviendo la misma vida.

Ese hombre, esa ilusión de sus primeros sueños, toma cuerpo, y se realiza. Un joven desliza en sus oídos encantadoras frases, y esta música desconocida hiere su tímpano, repercutiendo en su alma las más dulces armonías. Desde entonces todo su porvenir, toda su alegría, todas sus ilusiones se condensan en una sola palabra, en una sola aspiración: *amar*. En estas cuatro letras se encierra el poema

de su vida: en el amor vive, para el amor crece, con el amor sueña, y muere amando, como amando nace: cuando niña á sus padres, cuando núbil al hombre que despertó su alma, cuando madre á los hijos de su amor. La mujer en el período que nos ocupa, consagra todos sus instantes á esta delicia del alma. Ama sin restricciones, y esta dulcísima afección se extiende á cuanto la rodea, reservando, sin embargo, la parte más preferente para el hombre que hizo latir su corazón: ama con delirio sus flores, sus pájaros, sus galas y sus joyas; pero ponedla á prueba, y os dirá que flores, pájaros, galas y joyas, son nada ante una mirada de su amante.

En las noches de estío, cuando recostada en el marco de su ventana recibe el beso de la brisa impregnado del perfume encantador de la reseda y el geranio; cuando oye el melancólico trino del ruiseñor que vela á su amada entre los álamos del parque, sus ojos se fijan en el cenit, recorren la órbita de los planetas que tachonan su manto azul, y exhala un suspiro al par que vierte una lágrima sobre las pasionarias que adornan su nocturno observatorio. Llora; luego sufre. ¿Se lo preguntáis? No os sabrá responder. Llora y es feliz, porque también la felicidad tiene sus lágrimas, como el dolor. Suspira, y ese suspiro, llevado en alas de la brisa, rodando entre el aroma de las flores, forma un nombre, el de su amado, y lleva una misión, su amor. ¡Qué de ilusiones, qué de sobresaltos, qué de alegrías! Una misma cosa la alegra y la hace sufrir; y esta dulcísima inquietud del alma se traduce por un suspiro ó por una sonrisa: por un suspiro, si del objeto ama-

do teme un desengaño; por una sonrisa, si recibe una prueba de amor. El insomnio la agita en su lecho, el fantasma de su amor la persigue desde su alcoba á los cogines de su reclinatorio; y en el pensar como en la dicha, solo guarda su alma un recuerdo sagrado, una idea fija, una religion entusiasta: su amor.

Ama y es amada por un hombre al que se dedica por completo: de él es su día como de él su noche; para él trabaja, por él niega el descanso á su fatigado cuerpo; para él se instruye, por él siente el afán de aprender todo lo concerniente al detall de la casa; para él quiere ser la esposa económica, la amante tierna, como la madre cariñosa y previsora para los seres á quienes dé vida el objeto de su amor. ¡Sentimiento grande, afecto sublime y profundísimo, que eleva á la criatura sobre el pedestal de gloria que le trazó su Criador!

Todas sus acciones, todos sus pensamientos se concentran en él, y estudia detenidamente su carácter, sus inclinaciones, sus gustos, sus placeres y sus penas. Si la mujer consigue inspirar una pasión, es la gran palanca de la voluntad del hombre; tiene éste un defecto, y ella pone remedio al mal, exigiéndole, como prueba de cariño, la virtud contraria á aquel vicio. Llega un día en que el hombre se ha reformado por su amor, y entonces, considerándole digno de compartir con ella la felicidad conyugal, trata con él la difícil cuestión del matrimonio, obviando los inconvenientes que necesariamente se presentan para la consecución de su fin. Pondera en el hogar las buenas condiciones del objeto de su

cariño, y aminora sus defectos con tal solicitud, que no parece sino que por aquel hombre ha sentido de antemano todas las dulzuras, todos los placeres, todas las penas y desvelos de la maternidad. La inflexion de su voz, las tiernas miradas que sabe imprimir á sus ojos, la delicada atencion que presta á los planes del porvenir, todo lo pone en juego con una maestría inimitable. Sabe acariciar con su sonrisa, como herir el corazon con el destello de su mirada; sabe pronunciar palabras con sus ojos, como si la emision de voz saliera de su laringe; sabe leer en el alma de su amante, como si los pensamientos se escribieran en su frente....

Entónces el hombre es lo que la mujer quiere que sea: un honrado padre de familia ó un criminal sanguinario y feroz; este resultado está en razon directa de las inspiraciones que la mujer le presta, de sus gustos legítimos ó de sus depravadas inclinaciones. Porque esta regla general tiene su excepcion, por desgracia, y hay mujeres á las que el campo del porvenir se las presenta no cruzado por la senda del bien, sino atravesado por la calzada del mal; no sombreado por el sicomoro de la paz del alma, sino velado por el corpulento castaño de la sensualidad y cobijado bajo las letales hojas del manzanillo del lucro. Son efecto de su educacion, y como afortunadamente estas desgraciadas son, como decimos, la excepcion, no podemos referirnos á ellas al hablar de la mujer. La verdadera mujer, la que propiamente puede llamarse tal, ama y siente con más delicadeza: al embriagar su corazon con esa fuerza desconocida que denominamos amor, to-

da su naturaleza, todo su espíritu se sublima de tal modo, que casi son ideales sus manifestaciones.

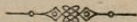
Ama mejor y mucho más que el hombre, porque sus condiciones fisiológicas, su organizacion delicada, es más apta para las impresiones del alma que para la fatiga corporal, á la que el hombre debe prestar su mayor actividad; es susceptible por naturaleza, y acciones que parecen indiferentes, ó por lo ménos poco trascendentales, operan en ella un cambio radicalísimo, y el menor desden la hace creerse tan desgraciada, como feliz la más insignificante demostracion de cariño. Y esto tiene su explicacion en el amor que el hombre la inspira y por el cual es capaz de todo. ¡Cómo le anima al trabajo! ¡Cómo sabe arrancar de su alma una resolucíon que parecia firme é irrevocable!

Ella es la fuerza impulsiva de sus acciones; ella la luz que guia su entendimiento, ella la locomóvil que le arrastra en pró de la civilizacion y el adelanto. Un hombre ama á una mujer, esto es, está identificado con ella y trata de hacerla su esposa: su imaginacion se exalta, se centuplica en el trabajo, y perfeccionando este al infinito, modificando sin cesar su forma ó su materia, tiende á descubrir un nuevo género de produccion, porque sabe que cuanto más perfecta sea la obra que salga de sus manos, mayor será su precio, mayor su utilidad y más beneficios reportará á la sociedad conyugal. La mujer, llegado este caso, se afana en aprender nuevas reglas de economía para su futuro hogar: sueña con las delicias que ha de proporcionarla la constante presencia de su amado: estudia el modo

y forma de llegar á la nivelacion de gastos, y, aunque prescinda de lo supérfluo, no se olvida de lo necesario. Comprende que es preciso administrar bien y por sí las ganancias del esposo; que es imprescindible renunciar al lujo ante las necesidades y el bienestar moral, y todo lo sacrifica gustosísima á esa religion nueva que se despierta en su alma: ha sido buena hija, y al traspasar el dintel de la juventud empieza á comprender lo que el porvenir la reserva cuando pueda llamarse *la esposa*.

Pero no pasemos adelante sin estudiar otro tipo, otra especialidad en la mujer, que sin tener esposo en su acepcion material, es madre, y madre no de un niño, sino de los niños, de los jóvenes, de los varones y de los ancianos.

Detengámonos un solo instante ante esa estrella que brilla entre las borrascas de la vida como un faro de esperanza y consuelo, y descubramos nuestra cabeza ante la personificacion de la Caridad.



CAPÍTULO XVI.

La hermana de la Caridad.

Si consideramos la mujer bajo todos sus aspectos y por el prisma de la neutralidad, esto es, desposeyéndonos de todo afecto apasionado hácia, ó contra ella, tendremos que convenir en que el amor es la historia entera de la mujer. Ama como hija, ama como esposa, ama como madre, ama, en una palabra, con todo género de amor, y ama siempre, en su infancia, en su juventud, en su ancianidad. Si no tiene padres á quien amar, si carece de hermanos, si no ha conocido el primer amor, si se encuentra aislada en el mundo, asegúrad que ama no obstante: se dará toda ella á la mística esclavitud del amor divino ó al caritativo amor de los que sufren.

El amor-caridad es uno de los más legítimos títulos con que puede gloriarse la mujer. Un amor inmenso, desinteresado, lleno de generosidad y dulzura; un amor vírgen de egoismo y en el cual parece decirnos: «Nada quiero para mí, sino las privaciones y trabajos, mientras tengo para tí todo el amor, toda la ternura de mi alma.»

La hermana de la Caridad merece, pues, que nos

detengamos un momento para analizar el resultado práctico que produce en su misión.

Tended un instante la vista por esos muros sombríos que detienen vuestro paso; entrad en ese portal desierto, silencioso como una tumba, y reparad en el ángulo más oculto..... No me digáis lo que habeis visto, porque lo adivino en la impresion dolorosa que vuestra frente refleja: al frente encontráis una puerta siempre cerrada; como si tratase de impedir el paso á los ruidos del mundo, y en uno de los ángulos un torno, en cuyas celdas se oculta una pobre cuna, y al lado de la cual pende el cordón de una campanilla.

Es la puerta por donde entran en el mundo los infelices hijos de la miseria ó del crimen; es el hogar que la caridad destina á esos seres inocentes, víctimas de la desgracia, y cuyas primeras lágrimas son tan acerbias, que amargarían las de la humanidad entera. Tras ese torno, velando esa cuna, esperando llenar su misión, hay una mujer que reza ó medita los dulces misterios de la caridad. Allí está para dar el primer beso á los desheredados de la fortuna, allí está para ser la madre universal de los que no la tienen, allí espera con el alma llena de ansiedad el sonido de la campanilla que ha de indicarle la entrada bajo su protección de un nuevo ser. Nada la importa que este sea un hijo del crimen, nada que sea un huérfano ó el fruto de un matrimonio que carece del pan necesario á la vida: solo ve en él un ángel que Dios la envía, un hijo que la caridad pone bajo su protección, y para el cual reserva con avara solicitud toda la ternura de su al-

ma. Si es el fruto de un amor ilegítimo, la oireis decir besando su frente: «Hijo querido de mi alma, tú no tienes culpa del pecado de tus padres; si tu madre te abandona, tu madre seré; si Dios ha dispuesto que tu cuna sean mis brazos, duermes tranquilo en ellos el sueño de tu inocencia.» Dirá al huérfano: «La caridad me encargó que sustituyese á tu madre y tu madre soy: yo velaré por tí en la tierra, mientras tu madre ruega en el cielo por los dos.»

Exclamará ante los harapos del pobre: «Yo te amo más en tu desgracia que si nadases en la abundancia y protegiesen tu sueño los más finísimos lienzos: yo te daré mi pan para que tus queridos padres puedan otro día estrecharte contra su corazón.»

Y la hermana de la Caridad cumplirá lo que promete, porque sabe que Jesús amó á los que *aman mucho*: por eso puede envanecerse con el dictado de madre, y esta es quizá la parte más sagrada de su misión. Con su prevision, con su celo, crece el niño entre las auras de la virtud, y su primer oracion, inspirada por ella, aprendida á los ecos de su voz, encierra todo un tratado de religion. Vigila con escrupulosa detencion la obra de los talleres donde se enseña á los niños el medio de ganar en el porvenir ese pan que entónces les alarga la caridad; y á la caída de la tarde, cuando se suspende el trabajo para dar á los acogidos un momento de expansion y solaz, ella preside esos juegos infantiles, sentada en un banco del jardin. Allí, radiante de alegría, de felicidad, sienta á los más pequeños sobre sus rodillas, sonríe á los mayores, besa á los mediados, y fi-

jando sus miradas en el cielo, dice desde lo más profundo de su alma aquellas dulces palabras de Jesús: «Dejad á los pequeños que lleguen á mí.» Estos son sus goces, esta su alegría, este el móvil de su ardiente corazón: con verdad puede decir, parodiando un verso del cantar de los cantares: «Rodeadme de vuestras caricias, queridos míos, porque desfallezco de amor.»

El enemigo mayor del hombre son sus propias pasiones; los escollos de su virtud cierran su paso por el sendero de la vida, y su misma carne le induce al mal. La soberbia le empuja en la pendiente, y la ira le precipita en el abismo; el hombre hace la guerra al hombre y convierte en odio de rivales el cariño de hermanos. Resuena en el valle el fragor de la batalla, ruge el cañon en la montaña, y una lluvia de plomo y acero siembra la muerte en las nutridas filas de los combatientes: el padre cae tal vez á los golpes de su hijo, el hermano tiñe su rostro con la sangre de su hermano, y entre las imprecaciones de rabia, entre los gritos de triunfo, entre el estampido de las armas y el humo de la pólvora, se oye una voz débil y moribunda que grita «¡socorro!» ¡Desgraciado! Los piés de sus hermanos dilatan sus heridas; para ellos no es ya sino un estorbo, y le flanquean sin tener para él una mirada de compasión; el triunfo es lo primero, y sus gemidos desaparecen ahogados por el ruido del combate.

Una mujer, despreciando el peligro, arrostrando las consecuencias de la guerra y desafiando la muerte, cruza con planta segura aquella zona en que más desesperadamente se lucha, y cae de rodi-

llas junto al herido que tiende hácia ella sus manos suplicantes. Aplica un cordial á sus calenturientos lábios, rompe si es preciso sus vestidos para vendar las heridas del soldado, y prodigándole cuantos consuelos le sugiere su alma de mujer y su cariño de hermana, sólo se aparta de su lado cuando le deja en la camilla que ha de conducirle al hospital. Febril, jadeante, pero llena de caridad, poseída totalmente de su misión, vuelve á atravesar el campo entre la carga de caballería y el estallido de las bombas, para prestar su auxilio á otro desgraciado; y por la noche, cuando los combatientes han dado tregua á sus odios para descansar de las fatigas del día, ella, renunciando al reposo, cubierta de sangre y tal vez de heridas, vuelve al campo, remueve los cadáveres, registra los matorrales y busca incesantemente en aquel revuelto manto de desolación una nueva herida que vendar ó un desgraciado á quien arrancar de las garras de la muerte. Durante el día y en medio del combate, se aparece como ángel de paz ofreciendo su vida en expiación de la culpa de sus hermanos; de noche, cubierta con las sombras y el luto, busca este ángel de amor una lágrima que secar, ó un cuerpo dolorido para aliviar sus padecimientos. Se firma una tregua, ó la guerra abandona aquellas regiones desoladas para llevar á otras su estrépito y sus horrores; ante un grupo de piedras, terminado en una modesta cruz, cierto número de soldados, cubiertos de vendajes, con el dolor retratado en el rostro, y tal vez horriblemente mutilados, depositan flores silvestres ó coronas de siemprevivas, mientras una lágrima fur-

tiva se desliza de sus ojos y surcando su descarnada mejilla, vá á regar aquellas flores ó á servir de brillante en una de aquellas coronas. No pidais la explicacion de este enigma: aquellas piedras, aquella cruz, guardan los restos de una heroína del amor, víctima de la guerra: allí reposa el cadáver de una mártir, de una hermana de la Caridad: ¡aquellos soldados son los hijos que lloran á su madre!... ¡Paz á sus restos, gloria á su nombre!

La fiebre amarilla, el cólera asiático siembran el luto y el pavor en las ciudades: las calles semejan vastos cementerios, la atmósfera envenena al hombre, las familias enteras desaparecen del libro de la humanidad. La epidemia relaja los vínculos de la sociedad y de la familia por el terror; el amigo abandona la cabecera del lecho de su amigo, el hermano se aparta con miedo de la hermana, el hijo abandona al padre, y centenares de enfermos, cadáveres vivientes, se arrastran por las calles pidiendo inútilmente una gota de agua para su reseca lengua, ó un medicamento que atenúe sus dolores físicos. Todo es pena, todo es luto y amargura. Bajo un cielo impuro se respiran los mefíticos miasmas de la enfermedad, y el silencio de la muerte se enseñorea en aquellas calles cuyos ámbitos estremecía poco há el ruido de la industria ó el cántico del placer. El ángel de la muerte bate sus alas sobre la torre más alta de la poblacion, y el ángel de la caridad agota sus fuerzas de calle en calle, de casa en casa, bajo la forma de una mujer. No la intimida el aspecto de la muerte, no retrocede ante el contagio; su amor fraternal es antes que todo, y nada sig-

nifica para ella la vida si, exponiéndola, puede secar una lágrima ó contener una blasfemia en la boca de un enfermo abandonado á sus padecimientos. Sube lo mismo la suntuosa escalera de mármol de un palacio, que atraviesa el mísero zaguan de la morada de un obrero; para ella no hay clases, no hay edades, no hay condiciones, no hay castas: solo hay hermanos que sufren, desgraciados que nesitan sus servicios.

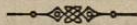
Allí, á la cabecera del enfermo, respirando el pútrido aliento de la fiebre, humedeciéndose con el sudor del colérico, luchando, en fin, con la enfermedad, agota los recursos de su imaginacion y su dulzura, vigila sus menores movimientos, provee á sus más insignificantes deseos, y los exhorta á la par á que lleven con resignacion la prueba que Dios les envia. Fija su atencion en el alivio de sus enfermos, ni siente los efectos del hambre, ni sus párpados se entornan por el sueño, ni se cuida de las necesidades de su vida: es para ella antes que todo hacer que el doliente guarde las prescripciones del médico, cuidar de que en su delirio no se desabrigue, espiar el momento oportuno de darle el alimento ó la medicina que debe tomar, y procurar, sobre todo, que sus sonrisas, sus consejos, sus cariñosas palabras sean un lenitivo al padecimiento moral de su enfermo. Es como una esfera en el reloj de la vida; y mientras con una mano regulariza el trastorno del organismo, señala con la otra el cielo, pátria comun de los que sufren. No es la paciencia la virtud más culminante de los enfermos; su temperamento sobrecitado por causas físicas, ó

tal vez por el abandono en que se ven, les hace ser injustos con su enfermera y aun devolver muchas veces el bien que reciben en dicterios, insultos y amenazas á su bienhechora: ella, sin embargo, no abdica un momento del fin que su mision la señala, y á esas injurias contesta con palabras de cariño, ó con sonrisas de misericordia.

El rencor no existe para ella, la ira no puede brotar en su pecho ni aun bajo la forma de la indignacion, porque el rencor y la ira son pasiones humanas, y su mision está muy alta sobre la humanidad.

Estas manifestaciones del amor en la mujer, son la escala que más la acerca al amor divino, porque no hay en su corazon ni un átomo de egoismo, ni otro deseo de recompensa que la satisfaccion de obrar bien. Por eso no hemos vacilado en decir al final de nuestro capítulo anterior: «Descubramos nuestra cabeza ante la personificacion de la Caridad.»

Mientras el mundo exista, existirán seres desgraciados; y mientras haya que enjugar una lágrima, la caridad, encarnada en la mujer, hará bendecir al hombre el tipo que hemos intentado examinar.



CAPÍTULO XVII.

La esposa en el hogar.

Conmuévense las naves del templo á las acordes melodías del órgano: una nube de incienso en vuela en sus delicadas gasas la oracion de los fieles, y al pié del altar, profundamente adornado de flores y luces, el sacerdote estiende sus manos sobre la cabeza de una mujer y del esposo que ha elegido su corazon. Ella con su blanco traje de desposada, ostentando en su frente la virginal corona de azahar, y reflejando en su semblante el candor y la inocencia de su alma; él sosteniendo su mano y abriendo el pensamiento á los dilatados horizontes de la vida conyugal, deja asomar á sus ojos un destello de la felicidad que agita su corazon.

Dios acaba de sancionar por medio de su sacerdote la union de sus cuerpos, como desde el primer instante bendijo la union de sus almas; han aceptado el sagrado vínculo que los liga en la tierra, é inseparables siempre, solo un alma animará sus cuerpos. Se han visto cumplidos los ensueños de la niña, y vedla desde este momento trasformada en mujer. Como en el primer éxtasis de su amor, no la preguntéis qué siente, porque no sabrá qué contes-